

establecimientos en Puebla, Oaxaca, Veracruz, Pátzcuaro, Guadalajara, Zacatecas y Durango, servian otras muchas misiones, como las de San Luis de la Paz, Cuencamé y Parras, doctrinaban muchos pueblos y habian ido á regar su sangre mezclada con la de los hijos de San Francisco, en el territorio de los sinaloas, recogiendo las palmas del martirio, cuyo fruto es una corona de gloria imperecedera para los que lo sufren y la segura civilizacion del suelo donde se derrama.

Interminables habiamos de hacernos, si nuestra narracion comprendiera cada uno de los pormenores que se refieren en las obras de Torquemada, Espinosa, Dávila Padilla, Remesal y otros muchos autores que siguen paso á paso el curso de las comunidades religiosas que se establecieron en nuestra patria, y á las que, entre otros muchos beneficios, le somos deudores de haber salvado en gran parte el tesoro de lo que poseemos de nuestra historia antigua, para podernos remontar hasta descubrir la misteriosa cuna de nuestros progenitores; para lo cual tuvieron gran trabajo en recopilar unos datos, desentrañar la esplicacion de otros y suplir los que habian perecido en la devastacion que entró con la conquista, como lo hizo el padre Benavente en Tezcoco, y el padre Sahagun, que en Tlaltelolco reunió una junta de sábios indígenas y por espacio de algunos años estuvo conferenciando con ellos, hasta rectificar y depurar en el tamiz de la mas severa crítica, los acontecimientos principales que forman el cuerpo de nuestra historia antigua. Pero llenarémos el objeto que nos propusimos como materia de este capítulo, designando siquiera algunos casos, que demuestren el trabajo que tomaban los misioneros, en las ciudades ya formadas, en los pueblos indígenas y en los que emprendian para llevar á los naturales la civilizacion á los mismos rústicos albergues en que habitaban como los pájaros en las ramas de los árboles y en sus nidos formados en las rocas de las mas encrespadas montañas á donde habian huido

de la injusta persecucion de los castellanos, esperando el momento oportuno, para lanzarse sobre ellos, como el buitre se arroja sobre el objeto que ha señalado para hacerlo presa de sus garras.

No pretendemos defender ni constituírnos panegiristas de los abusos que tambien y en tiempos posteriores, ha tenido que lamentar nuestra sociedad de algunos individuos de las comunicades religiosas; y á su debido tiempo los harémos notar lo mismo que las funestas consecuencias que produjeron, siendo una de ellas armar el brazo de la reforma con la guadaña de devastacion, para entrar en la mies del Señor, cortando sin distincion todos los sarmientos, hasta dejar un campo desolado. Nuestro objeto es hacer que la sociedad se fije en un sentimiento de gratitud, por los beneficios que debe á estas instituciones, y el respeto que ellas merecen en general; porque siendo su objeto practicar la caridad en todas sus misteriosas transformaciones, no ha habido dolencia en el corazon de los hombres, que no haya sido remediada por su mano como por la de un Dios rico en misericordia y poseedor del consuelo universal.

El padre jesuita Juan Agustín, uno de los destinados de la casa de Zacatecas, para llevar la nueva del evangelio, á muchos pueblos que mas allá de la ciudad de Durango, aun permanecian en las tinieblas de su gentilismo, fijó su residencia en el pueblo que estaba al pié de un cerro, al que despues le dieron el nombre de Cerro Gordo, conque tambien se siguió denominando al pueblo. Dedicó una iglesia para la celebracion de los divinos misterios y empezó su instruccion, repitiendo en voz alta con todos los indígenas, la doctrina cristiana, que despues ellos en sus casas y en sus ocupaciones, seguian estudiando hasta aprenderla. Impuestos de cuales eran los principales deberes del cristiano, todos los llenaban con diligente esmero, dando de mano á sus antiguas costumbres,

aun las mas difíciles de desarraigar, como la embriaguez y la deshonestidad. Las felices nuevas de la dicha en que vivian los naturales de Cerro Gordo, pronto se difundió por distintos pueblos, y los gefes de muchos pueblos á las márgenes del rio de Nazas y de la laguna de Parras, venian á rogar al padre, pasase á administrar entre ellos el santo bautismo y enseñarles la ley del verdadero Dios. El misionero se resistia, por no dejar expuesta la congregacion de Cerro Gordo, á los efectos de la inconstancia de los recién convertidos; pero tres señores de los pueblos de las Nazas le instaron de este modo: "Bien sabemos, que no buscas oro, plata, ni cosa alguna de nuestra tierra, sino solo nuestro bien. Dios te ofrece lo que buscas; y á pesar de nuestra pobreza y del vil vestido que nos cubre bien sabes que dentro de nuestro cuerpo está el alma que vale mas que el oro y las riquezas de la tierra, te suplicamos no las dejes perecer." Este razonamiento que podia avergonzar á los filósofos que se precian de ilustrados, decidió al religioso Juan Agustin, y pasó entre ellos á instruirlos y prepararlos para su espiritual regeneracion en el bautismo, particularmente á la muchedumbre de párvulos que morian de las viruelas. Cuando el padre volvió á Cerro Gordo y manifestó su deseo de establecer la mision en Nazas como punto mas á propósito para cosechar mejor fruto, los naturales se estremecian de dolor y desde luego decian: que aunque aquella era la tierra de su nacimiento y donde sus corazones se hallaban ligados por las afecciones de la naturaleza, como *estimaban mas sus almas* si se iba de entre ellos todos lo seguirian. Tales eran los frutos de bendicion que el Señor concedia á sus siervos, por la sinceridad con que trabajaban en el bien espiritual de los indígenas.

Así que el operario evangélico recibió nuevos compañeros para cultivar aquel extenso campo, dejó al cuidado de otros menos peritos en aquellas fatigas el cuidado de la mision, y

con el padre Arista fué penetrando por los pueblos de Nazas y los de la laguna, donde hallaron á los indígenas mas supersticiosos y montaraces. Tenian los padres que caminar hasta un dia entero para hallar casualmente algun indio oculto entre la breña ó en los arenales de la laguna: con él comenzaban su instruccion; y por su medio se valian para atraer á otros. Las fatigas que estos hombres de Dios tendrian que soportar, puede conocerse por la lentitud con que recogian el fruto, pues en el primer año no pasaron de sesenta adultos á quienes se administró el bautismo.

Mas al fin como la palma de la victoria está concedida siempre á la perseverancia en los caminos rectos, su constancia en los sufrimientos docilitó la dureza de aquellos corazones y empezaron á prestarse para formar una sociedad civil. Renunciaron al amor con que vivian en los bosques y bajaron á formar la poblacion de Santa María de las Parras, que ya estaba comenzada desde la vez primera que los misioneros habian penetrado por aquellos lugares, por el lado del Saltillo. Los naturales bajo la direccion de sus padres en la fe, edificaron el templo católico, sus casas de habitacion y un hospital donde los religiosos hacian mas patente su profunda humildad y su encendido amor, remediando las desgracias de sus semejantes.

De allí salian los padres á las desamparadas soledades y á los penosísimos caminos, para atraer á su rebaño las muchas ovejas que corrian dispersas y ocultándose entre las espesuras de los bosques á las cuales despues de una constancia heroica, propia solo de la religion del Crucificado, traian á la Poblacion de Parras, ó á fundar otros lugares, en puntos mas cercanos á sus antiguas guaridas. Estas nuevas congregaciones eran asistidas por los padres; y en proporcion de la fatiga que tuvieron para fundarlas, era el consuelo que sentian al ver los saludables frutos con que les brindaban aquel las tiernas plan-

tas. Una india anciana recién salida de las selvas, pedía el bautismo postrada en presencia del sacerdote, y con sus ojos anegados en llanto decía, que desde que un hijo suyo hecho cristiano, la había empezado á instruir en su nueva religion y le había enseñado quien era el verdadero Dios y que estaba en los cielos, muchas veces entre el dia y todas las que despertaba en la noche, lo adoraba con su corazon y á grandes voces pedía su socorro al poderoso Dios del cielo.

En uno de aqueilos pueblos, durante una ausencia del padre Arista que lo administraba, un indio jóven, de gran ascendiente entre la multitud y aguijoneado de sus pasiones, reunió en la noche á la mayor parte del pueblo, para estimularlo con un insinuante discurso, á que abandonara aquella vida de sujecion y volvieran á la libertad de que disfrutaban en los bosques, donde tantos placeres les ofrecia la naturaleza. La muchedumbre escuchaba asombrada aquella proposicion que al fin se hubieran resuelto á ejecutar; pero antes de practicarla, uno de los que servian de catequistas fué á dar aviso al padre, que luego se presentó en su alborotada grey. La reunió en la iglesia, disimulando primero saber cuál era su perverso designio; pero viendo que voluntariamente endurecian su corazon y cerraban los oídos á sus exhortaciones, les declaró saber lo que meditaban, y expresándoles la amargura que llenaba su corazon al ver la ingratitud con que correspondian á sus beneficios, les dijo que él pues abandonaria tambien aquel pueblo, sin que tuvieran ya quien cuidara de sus enfermos, de enterrar á sus muertos y de enseñar á todos á cultivar sus sementeras y practicar todos los oficios que les proporcionaban la comodidad de la vida. El misionero efectivamente salió del pueblo y pronto todo el vecindario fué en su seguimiento, formado en una procesion de penitencia, para desagraviar á Dios del enojo que le habian causado con sus criminales pensamientos: á esta prueba de sincero arrepentimiento, que pro-

dujo el piadoso ardid del padre Arista, se volvió á recoger el mucho fruto que le prometia la buena disposicion de aquella sociedad cristiana.

Mientras así trabajaban estos padres en las cercanías de la Laguna y el rio de Nazas, y con igual buen éxito aunque no con menos trabajo, el padre Francisco Ramirez en la mision de Cuencamé, otro laborioso operario, el padre Gerónimo Ramirez tambien de la compañía de Jesus, recogia una abundante cosecha en la extensa nacion de los Tepehuanes que comienza á las 25 leguas al Noroeste de la ciudad de Durango. Los habitantes de estos pueblos, menos salvajes que los de la Laguna, vivian en chozas de madera, se vestian con ropas de algodón, eran de un ingenio vivo y penetrante, y fáciles para retener en la memoria cuanto se les decía. No les era desconocida la vida civil y sus sociedades aunque no tan perfectamente organizadas, estaban sujetas á un orden regular de policia: guardaban con notable exactitud algunos puntos de la ley natural, y era muy raro entre ellos, el hurto, la mentira y la deshonestidad: la embriaguez no estaba tan generalizada como en otros pueblos; y la idolatria, mas bien era para ellos un objeto de curiosidad y diversion en los sacrificios de flores y frutas que ofrecian á sus ídolos, que un falso sentimiento de religion.

El padre Ramirez saliendo del colegio de Durango, salia hasta la Saucedá, donde se habian reunido muchos indigenas mexicanos y tarascos, y viniendo allí algunos tepehuanes á ocuparse en las labores de la hacienda, observaron la predicacion del padre y no se sorprendian menos con las verdades que el predicador enseñaba, que con las ceremonias religiosas con que se practicaban los divinos misterios. Los que primero se instruyeron en la religion, fueron á sus pueblos desempeñando el oficio de catequistas y pronto vinieron á pedir al padre el bautismo, para todos los que estaban pron-

tos á recibirlo. El día señalado, una gran procesion de catecúmenos, con sus vestidos limpios, el cabello suelto, coronados con guirnaldas de flores y adornados de vistosas plumas, se dirigia, precedida de la Cruz y los ciriales, al lugar donde se habia preparado la fuente sagrada para el renacimiento espiritual de aquellos pueblos, formada debajo de una enramada, cubierta de flores olorosas y de muchos pajarillos presos en las mismas ramas, que mezclaban sus gorjeos, con los cantos de júbilo de aquella concurrencia agradecida á los favores de la gracia. Algunos que aun no tenian la suficiente instruccion, quedaron sin recibir el sacramento de regeneracion, y fué tal la pena que esto les causó, que anegados en llanto pasaron allí todo el dia y aun en la noche, fué necesario el consuelo del celoso ministro para que pudieran retirarse á recibir mayor instruccion para hacerse dignos de ser admitidos en la gran familia de Jesucristo.

Viendo tan bellas disposiciones en los tepehuanes para admitir la ley cristiana, dispuso el padre entrar á sus pueblos, para cosechar con mas abundancia el fruto de la buena semilla que su celo habia sembrado. Cuando esto se verificó en el pueblo principal que era el de Papasquiario y al que se le aumentó el nombre de Santiago, se empezaron á reunir los que vivian en las selvas y pronto se formó una sociedad civilizada, que permitió á los habitantes de Durango, extender por aquellos puntos su comercio y explotar los ricos minerales de Indehé, Guanasebí y otros que se descubrieron en aquel rico territorio.

Pronto tuvo el padre Ramirez otros compañeros con quien cultivar aquel extenso campo y llevaron su predicacion hasta los confines de la Taraumara y las asperezas de la sierra de Topia: en algunos puntos los indígenas eran tan montaraces, que solo habitaban en las cimas de los cerros mas altos; y cuando los padres con mucha fatiga llegaban á subir aquellas cum-

bres rocallosas, ya los naturales habian huido á su presencia, y tenian que continuar su penosa tarea hasta por varios dias, para venir á encontrar alguno é inocular en su corazon el germen de la verdad. Pero como la Providencia siempre vela en todos los acontecimientos y bendice los trabajos de sus siervos, dispuso el mejor término de los esfuerzos de estos benditos hombres, llevados con tanta paciencia y aun á costa de las mayores penalidades. Los mismos indígenas que tenian la buena suerte de escuchar las exhortaciones evangélicas, iban á desempeñar entre los suyos el papel de catequistas y así fueron saliendo de entre los breñales, innumerables gentiles que con la mayor humildad pedian ser lavados en las fuentes del bautismo.

En una de las principales poblaciones, que habia tomado el nombre de Ubamari, del principal ídolo que allí se veneraba, luego que tuvieron suficiente noticia del verdadero Dios, salieron todos los habitantes en busca del ministro de ese mismo Dios para pedir el bautismo despues de haber arrojado sus ídolos en un rio y cuando todos fueron bautizados, volvieron con el mayor regocijo, conduciendo en hombros una gran cruz de madera cubierta de flores y yerbas olorosas, que fué substituida en el lugar de sus falsas divinidades y el objeto de sus profundas veneraciones. Ocho meses despues que el padre Fonte visitó los cinco pueblos en que se habian congregado los habitantes de aquel distrito, casi todos los adultos estaban capaces de recibir los sacramentos de la confesion y comunión, con tanto dolor y vergüenza, que caian desmayados á los piés del confesor.

Al Norte y al Poniente de la provincia de los Tepehuanes, estaban las naciones de los Taraumares, Sabaibos, Acajes, Jijimez y algunos otros pueblos entre las quebradas de la sierra de Topia, que constantemente mantenian entre sí una encarnizada guerra; pero conforme fueron recibiendo las luces del E-

vangelio y los continuos ejemplos de caridad y mansedumbre que diariamente veian en los misioneros, se desnudaron de su natural fiereza y como precisa consecuencia de la ley de amor que se les enseñaba, fueron reconciliándose y se acostumbraron á vivir como hermanos de una gran familia.

Estos mismos frutos de bendicion se repetian en todas partes, y la sinceridad con que los naturales doblaban su attivo cuello al yugo de Jesucristo, daba lugar á la manifestacion de algunos extraordinarios sucesos con que el Señor manifestaba algunas veces su justicia para domar los espíritus rebeldes y otras su misericordia en premio de la docilidad de los naturales. La relacion de estos acontecimientos trasporta nuestra imaginacion á los tiempos en que el Señor reprendia la dureza de su pueblo escogido, en la antigua ley, lanzando rayos de la cima de alguna montana ó mandando á su ángel exterminador para castigar á los soberbios; y tambien se nos representa el hombre Dios recorriendo las ciudades de la Palestina, probando su divinidad en los prodigios de la Omnipotencia, obrados en favor de las personas mas humildes que corrian en pos de él confesando á gritos su fe é implorando la virtud de su poder. En una vez que un religioso entraba á Pascuaro, al toque de las campanas con que los naturales solemnizaban la llegada del ministro de Dios, una india postrada en cama por la fuerza de una enfermedad hizo que la llevaran á presencia de aquel sacerdote para confesar sus culpas y buscar la salud corporal en la de su alma: por estar privada del uso de sus miembros se confesó con mucha incomodidad; pero cuando ya recibió la absolucion, sintió la fuerza bastante para levantarse por sí y llegar hasta el altar donde entonó su accion de gracias por los favores que Dios le habia dispensado valiéndose de su ministro. Otro indio del todo ciego pidió al mismo sacerdote que le dijese un Evangelio y con admiracion de todo el pueblo volvió á su casa habiendo recobrado la vista. En

una mision donde á pesar de la predicacion de los religiosos permanecian algunos en la idolatria y entregados á las mas abominables costumbres, acometió repentinamente una enfermedad á un indio el cual quedó yerto y sin ninguna señal de vida; y aun el padre que acudió á confesarlo se conformó con decirle un responso: pero volviendo en sí despues de dos horas, pidió al padre para confesarse y contó la vision que habia tenido durante aquel rato de letargo. Decia haber visto un camino muy ancho por donde iban muchos con grande ruido y fiestas, el cual despues de un despeñadero profundo iba á concluir en una oya de fuego donde se oian grandes alaridos y voces espantosas: y mientras lleno de confusion observaba aquella pavorosa caverna, un personaje de apacible semblante lo condujo por una senda muy angosta que iba á concluir en un hermoso valle cubierto de floridos jardines; y que atraido por la fragancia de aquel ameno sitio quiso entrar á él por una puerta que despedia mucha luz, pero la misma persona que lo acompañaba le dijo no poder entrar antes de haberse reconciliado con Dios por medio de la confesion. En otro pueblo donde la voz del sacerdote habia sido inútil para vencer la obstinacion de los idólatras, en un dia que con mas vehemencia les predicaba los mas sublimes misterios de la religion cristiana, á instigaciones de un hombre envejecido en dias malos, el pueblo sujetó al orador á la prueba del fuego, pidiendo que su predicacion la hiciera desde una hoguera sin quemarse: el ministro del Altísimo arrebatado de su fe y por una inspiracion sobrenatural les dijo: “Estoy tan cierto de las verdades que digo, que no dudo exponerme á una prueba tan dura: encended la hoguera, que Dios volverá por su palabra y vosotros quedareis confundidos.” Y así fué como dijo, porque encendido el fuego y puesto sobre él el predicador cristiano, con asombro de todo el auditorio repitió todo lo que habia dicho sin sacar lesion ni aun en su vestido. La dureza de aquel pueblo no pudo resistirse á tan asombrosa prueba,

y admirados de aquel hombre que no se cansaban de tocar y creían bajado del cielo, se prestaron á seguir dócilmente la conducta que les habia indicado.

Innumerables casos de este género encontramos en las antiguas crónicas de las misiones que se hacian en aquel tiempo; pero bastan los referidos para formar una idea de las costumbres de aquella época y no agobiar demasiado á la increíble frivolidad que caracteriza nuestro siglo. El padre Alegre de quien tomamos los referidos, previene de esta manera la objecion que á ellos se pudiera hacer. "Bien sabemos que este género de acontecimientos son de ordinario sospechosos y muy mal recibidos en aquellas gentes que se precian de un gusto delicado y de no abandonarse jamas ciegamente á la buena fe por la demasiada credulidad de ciertos autores que por lo comun los refieren con poca discrecion. Yo no veo que estos adoradores de la antigüedad acusen de flaqueza ó mala fe á Tito Libio, á Plutarco, á Valerio Máximo y á tantos otros autores paganos que nos refieren mayores y mas increíbles prodigios, y á quienes á pesar de la grande libertad de juicio que se profesa en estos tiempos, no se haya de dar crédito por el respeto que se imagina deber á tan famosos hombres. No se reprende, que Porsida apagara sin lesion en su mano las brasas; que en Italia lloviera unas veces cenizas y otras sangre; que hablaran los bueyes y las estatuas de los falsos dioses; que en Roma se oyera una voz previniendo la llegada de los antiguos francos. ¿Y los lectores cristianos habrán de reprender en los autores de la historia religiosa sucesos autorizados por tantos otros semejantes que se hallan en las santas escrituras y en los padres mas respetables de la iglesia, y que parecen pertenecer de un modo muy particular al orden de la Providencia, singularmente para la extension y propagacion del Evangelio entre naciones bárbaras?

Ahora en este tiempo, está en moda arrojar á la cara del

sacerdocio, la negra mancha de partidarios de la opresion, oscurantismo y la esclavitud: acusándose al clero regular, de ocioso é interesado en los viles intereses de la tierra. Si los muchos escritos en que pululan estas acusaciones calumniosas pasan á la posteridad, nuestros hijos nos acusarán de ingratitude, viendo que nos desentendemos de los instrumentos que forman la historia del gobierno vireinal, y en los cuales constan los grandes y penosos sacrificios que hicieron en favor de los pequeños y los débiles para rescatarlos de la esclavitud corporal á que injustamente los sujetaban unos estraños avaros y avaros, y de la esclavitud moral en que su espíritu se hallaba desgraciadamente encadenado por el paganismo. Ningun vínculo los ligaba con los innumerables pueblos esparcidos en la vasta extension del continente americano, sino el de la fraternidad universal: cuando los presuntuosos filósofos se burlaban de la desgracia de estos pueblos, y los poderosos los hacian servir á sus mezquinos intereses, un humilde religioso interponia el tosco sayal con que cubria su cuerpo, para proteger la desgracia en nombre de los derechos de la humanidad. Su ambicion era grande, verdaderamente grande, superaba á las grandezas de todos los tesoros y los reinos de la tierra: buscaban la felicidad de sus semejantes dándoles á conocer al verdadero Dios al Hombre Dios que dió al mundo su libertad á costa de su sangre, y cuyo testamento quedó consignado en este mandato, á sus discípulos. "Id y enseñad á todas las gentes."

